

CONDE DE MIRABEAU

EL LIBERTINO DE CALIDAD

Traducción del francés y notas de
Mauro Armiño

 Siruela

Libros del Tiempo

Carta a Satán

Señor Satán:

Vos habéis dirigido mi adolescencia, y es a vos a quien debo multitud de juegos de manos que me resultaron útiles en mis primeros años. De sobra sabéis si he seguido vuestras lecciones, si he sudado noche y día para engrandecer vuestro imperio y proporcionaros nuevos súbditos.

Pero, señor Satán, todo ha cambiado mucho en este país, os hacéis viejo; os quedáis en casa; ni siquiera los monjes pueden arrancaros de ella. Vuestros diablillos, pobres infelices, no saben tanto como nuestros aprendices de rufián; sólo os cuentan relatos infieles, porque nuestras mujeres los atrapan y los engañan.

Encuentro, pues, una ocasión para saldar mi deuda con vos; os ofrezco mi libro. En él leeréis la gaceta de la Corte, las novedades, de la mano de putas, financieros y devotas. Quedaréis informado de ciertos trucos maliciosos, ante los que, pese a ser un diablo muy astuto, os habríais quedado con un palmo de narices. Pero que vuestra casta esposa no meta aquí las suyas, porque inmediatamente se incorporarían a vuestra seráfica frente unos cuernos de unicornio. Desconfiad, sobre todo, de esos grandes nobles de gruesa polla, y no dejéis ir a la cofra-

día a vuestra mujer sin cinturón. Pero que los celos no turben vuestro reposo, porque habéis de saber, señor Satán, que si ella quiere, seréis cornudo, y aunque la metierais en el bolsillo, ella jodería por el ojal.

¡Ojalá que los cuadros que tengo el honor de poner ante vuestros ojos puedan reanimar un poco vuestra antigua lascivia!
¡Ojalá que esta lectura haga tambalearse todo el universo!

Dignaos recibir estos votos como testimonio del profundo respeto con el que soy,

Señor Satán,

De Vuestra Alteza diabólica,

el muy humilde, muy obediente

y muy devoto servidor,

COÑO-DESEOSO¹.

¹ Para algunos de sus personajes, Mirabeau inventa nombres de significado obsceno, que traduzco por equivalencia.

Mi conversión

Hasta ahora, amigo mío, he sido un canalla: he corrido tras las mujeres bellas; he hecho lo difícil; ahora la virtud vuelve a mi corazón; ya sólo quiero joder por dinero; voy a exhibirme como semental garantizado de mujeres a cambio de dinero, y les enseñaré a menear el culo a tanto por mes.

Ya me parece estar viendo a una jamona, a la que sólo le faltan seis meses para cumplir los cuarenta años, ofrecerme el blando espesor de unos amplios despojos. En su breve cuerpo rollizo aún tiene frescura; sus tetas, enrojecidas por una sustancia demasiado abundante, están concertadas con sus ojillos para expresar cualquier cosa salvo pudor; me soba la mano, porque la financiera, como su marido, soba todo constantemente; me sonrojo; ah, ved qué bien me sienta eso, cómo se animan mis ojos, cómo mi virginidad me sofoca; porque notaréis que conservo mi virginidad y trato de que me eduquen. Me ofrecen más de lo que quiero; los arrumacos son verdaderas orgías... Maldita sea, no me empalmo... Me pongo triste, mis desgracias me atormentan; acreedores ávidos... Mientras tanto, mi mano vagabundea; ella se anima; ¡qué ligereza! ¡Qué cadencia tan brillante! Mi voz expresa el adagio, mi arco es el órgano de un *presto* vigoroso y sostenido. ¡Ah!, amigo mío, mirad cómo palpita el culo de mi jamona... Su pecho silba, su garganta se cierra, su c... se corre, está furiosa, quiere arrastrarme... Eh, eh,

más despacio... El dolor vuelve a embargarme... Me hacen propuestas: ¡ay!, ¡cómo decidirse a aceptarlas de una mujer a la que uno querría testimoniar el sentimiento más puro! Insisten; yo lloro: el oro aparece... ¡El oro! ¡Rediós!, me empalmo y la follo.

Pero mi casta jamona paga a más de uno; por eso, poco después de mi fácil victoria, me hago presentar en casa de la señora Honesta (familia casi extinguida). Todo respira en ella humor y honestidad, todo predica la abstinencia, hasta su semblante, cuyo aspecto, aunque bastante picante, no tiene sin embargo ninguno de esos detalles que inspira el amor. Pero tiene unos ojos, una fisonomía, una cintura que sería demasiado delgada si toda la hechura del cuerpo no estuviera en justa proporción. No alabaré sus senos aunque una gasa en desorden me haya permitido vislumbrarlos de lejos; sus brazos son un poco largos, pero flexibles; sería deseable una pierna más regular; tal como es, un lindo pie la remata. Tenemos *aires de grandeza*, *nervios*, *jaquecas*, un marido al que sólo se ve en la mesa; gente discreta, de espíritu extravagante, caprichoso, pero vivo; aunque a veces solo se parecen a sí mismos... ¡Pardiez!, ¿vais a decirme que ésa no os pagará? ... ¡Oh, claro que sí!, porque es vanidosa, porque se precia de generosidad, porque quiere destacar.

En primer lugar, como podéis suponer, somos respetuosos, tenemos ingenio, utilizamos sutilezas, juegos de palabras; cuánta razón tiene la señora, en su casa todo es lo mejor posible... ¿Iré a verla en su tocador? ¿Por qué no?... Le colocaré un lunar postizo; sacaré de ese rizo todo el partido de que es susceptible... Llega un sombrero... ¡Santo cielo!, lo han inventado las Gracias; el mismo Dios del gusto le ha arreglado las flores, y todos los céfiros juegan en las plumas que lo cubren. ¡Qué bien va esa gasa *ciruela de Monsieur* con ese *verde inglés!*²... Pero ¿quién lo ha enviado? ... Como suponéis, yo soy el culpable; ¿y por qué un culpable no se sonrojaría?... He sido traicionado,

² *Prune de Monsieur*, ciruela de color morado. Se le dio ese nombre por Monsieur, título que llevaba el duque d'Orléans, hermano del rey Luis XIV, que se atracaba de ese tipo de ciruelas hasta la indigestión. El *verde inglés* es un color verde oscuro suave; en Francia se le dio ese nombre por ser frecuente en automóviles ingleses.

estoy desconcertado, enfurruñado... Victoria, a quien su empleo de doncella, algunos besos muy apasionados y un luis, han puesto de parte de mis intereses, los defiende en mi ausencia... «Ah, señora, ¡si supierais lo que me dice de vos! ¡Qué adorable es ese caballero! Vale mucho más que vuestro galán, y estoy segura de que sólo os costaría una miseria... No es jugador, lo sé por su lacayo, es un corazón totalmente virgen. — Pero ¿crees que soy lo bastante atractiva para...? — ¡Dios mío, señora, ¡qué bien os sienta el sombrero! Con él parece que tenéis veinte años. — Calla, loca; ¿no sabes que he pasado de los treinta?...» (Pardiez, y tanto que *pasado*, hace diez años que todo el mundo lo sabe)... Vuelvo por la tarde; está sola; ¿por qué no iba a estarlo? Pido perdón ofendiendo más aún; se enternece, yo me apasiono; nos... (joder, esperad un poco... Esta mujer es de una rapidez que me hará perder el gasto del sombrero). Como bien suponéis, mi lacayo no es tan estúpido como para no advertirme que el ministro (¡ah!, pardiez, ministro por lo menos) me espera. Lanzo una mirada asesina; beso esa mano que tiembla en la mía... Me levanto y me voy.

Durante ese tiempo, conozco a una de esas mujeres que, cansadas de todo, buscan placeres a cualquier precio. Me hace insinuaciones, porque su honor, su reputación, las conveniencias... Todo eso queda tan lejos como su juventud. Pronto llegamos a un acuerdo; ella me paga, pero yo me limito a montarla, porque, rediez, no quiero correrme... Mi infanta lo adivina; llegan las quejas. ¡Ah, dulce dinero! ¡Siento tu augusta presencia!... Por fin, toma su decisión; ya hace quince mortales días que languidece. Modestamente le doy a entender que el agradecimiento me une a ella, que tengo cierto tipo de obligaciones... ¿Sólo es eso?... Me pagan el doble; y desde ese momento estoy en paz con mi mesalina: vuelo a los brazos que me han colmado de nuevos beneficios, y disfruto... no del placer... sino de la satisfacción de demostrar que no soy ingrato.

¡Ay!, ¿qué queréis? Cuando se ha engordado a la gallina, deja de poner huevos; los honorarios disminuyen, y yo duermo. — ¡Cómo! ¿Duermes? — Sí, de noche, y, lo que es más, por la mañana... Esa adorada mañana que anima la esperanza, que alumbra los combates amorosos. Se quejan, yo me enfado; se

habla de comportamiento, de ingratitud, y yo demuestro que se equivocan; y por eso me marchó.

Dios Pluto³, ¡inspírame!... Se me aparece un dios; pero no viene cargado con sus felices atributos; es el dios de los consejos, el diligente Mercurio; él me consuela, me halaga y me envía a casa del señor Dulzón. A buen seguro que no le conocéis; por eso, escuchadme.

Una cintura que una sotana y un manteo largo hacen parecer ancha; un rostro que reúne la madurez de la edad, la abundancia de carnes y la lozanía; unos ojos de linca; una peluca refinada, cuyo corte ha trazado el *espíritu*; su fisonomía, abierta, pero decente, derrama el brillo de la beatitud; sólo se permite una sonrisa; pero esa sonrisa deja ver unos hermosos dientes... Así es el director espiritual de la moda; los rebaños de devotas abundan; nunca se acaban las consultas.

Pero existen privilegiadas, mujeres sepultadas en un perfecto quietismo de conciencia, y cuyas articulaciones son todavía más móviles por eso. El hombre de Dios esconde bajo su apariencia hipócrita un alma ardiente, y bellísimas cualidades ocultas... Como bien habéis sospechado es a esas mujeres a las que hay que llegar. Me introduzco, pues, en la intimidad del buen hombre, le descubro que casi soy tan tartufo como él: me pone a prueba; y cuando ha tomado todas sus medidas de seguridad, me presenta en casa de la señora de ***.

En su casa, la santidad lo perfuma todo, el lujo es sólido y sin fastos, todo es cómodo, rebuscado sin afectación... Pero, ¡cómo!, un joven en casa de una mujer de la más elevada virtud... Precisamente por eso: para no perder la mía; porque ya notaréis que debo tenerla; al menos tanta como desvergüenza. Mis visitas se multiplican, la familiaridad interviene; y he aquí una de las conversaciones que mantendremos, estoy seguro.

A la salida de un sermón (porque iré, no con ella, pero me situaré muy cerca, con los ojos bajos, lanzando hacia el cielo miradas que no son para Él), a la salida de un sermón al que ella me ha llevado, empezaré a criticar a todas las mujeres reunidas a nuestro alrededor. Nótese que las preguntas proceden de mi

³ Dios que personificaba la riqueza en la mitología griega.

beata. «¿Qué os ha parecido Fulana? — ¡Ah, Dios mío!, llevaba un dedo de colorete. — Sin embargo es guapa. — Tendría algo de vuestros rasgos si no los desfigurase; pero el colorete... Pero se lo perdono; no tiene ni vuestra tez, ni vuestros colores (¿no creéis que ante estas palabras esos colores aumentarán?) Además, la condesa no iba vestida como es debido. — Completamente ridícula. — ¡Enseña un escote! — ¡Y qué escote! Sólo conozco una mujer que tenga derecho a exhibir semejantes desnudeces. Por lo menos veríamos bellezas (observad esa ojeada sobre un pañuelo cuyos pliegues dejaban pasar mi mirada... Otra mirada me castiga, y me vuelvo tímido, desconcertado). ¿Qué pensáis del sermón? — Debo confesaros que estuve distraído, desatento. — Pues la moralidad era excelente. — Lo admito, pero presentada de una manera muy fría; una boca hermosa es mucho más persuasiva. Por ejemplo, ¡qué efecto no causan en mí vuestras exhortaciones! Me siento más animado, más fuerte, más valiente... ¡Ay!, vos me hacéis amar la virtud porque os am...» (Ah, querido amigo, vedme trémulo, sobrecogido; la palidez cubre mi rostro... Pido perdón... Cuanto más me lo conceden, más exagero mi falta, para no ser culpable a medias...) Mi devota se recobra enseguida; sin embargo, todavía está emocionada, me propone que leamos, y es un tratado del amor de Dios. ¡Qué conmovedora es mi voz! Situado frente a ella, mis miradas de fuego la recorren y la espían; parafraseo, invento; ya no es un sermón, es un Rousseau lo que le declamo... Aprovecho el momento, un oratorio es mi tocador, y soy feliz.

—Pero el dinero, el dinero. — Un momento, joder; dejad que descarguemos... ¡Qué goce, una devota! ¡Cuántas encantadoras naderías! ¡Cómo trastorna esto! ¡Qué blandura! ¡Qué suspiros!... ¡Ah, mi buena Virgen María!... ¡Ah!, mi dulce Jesús!... Amigo, ¿sientes esto como yo?

—¿Pero el dinero? — ¡Eh!, ¿me creéis lo bastante necio como para ir a cerrar un trato?... Ni hablar... ¡sólo un necio!

Vuelvo a ver a mi beato, le cuento todo; es discreto; perdería demasiado si no lo fuera, y es él quien va a ayudarme; tendrá, por supuesto, su derecho a comisión.

Desde hace tres días, mi devota en abstinencia no tiene otro recurso que su consolador. El hombre de Dios llega: «¡Ay, este

pobre joven! ¡Ha vuelto a caer en el vicio! Lo arrastran mujeres perdidas. (¡Qué puñalada!) — ¡Ah, padre mío, qué lástima! Tiene un fondo tan bueno. — Señora, no es culpa suya, hay en él incluso una especie de virtud, porque es sincero. “Señor, me ha dicho, tengo deudas de honor, mi *conciencia*⁴ me atormenta; tal vez voy a perderme; seré la víctima de mi deber... ¡Ay!, lo que me traspasa el alma es dejar a la señora ***. (Aquí ella baja los ojos.) Esa mujer es adorable; es la dueña de mi corazón... No importa, debo huir de ella... ¡Estrella desgraciada! ¡Deplorable destino!” Eso es, señora, lo que me ha dicho con lágrimas en los ojos». Se me compadece; se habla de otras cosas, se vuelve al asunto... «Pero ¿a cuánto ascienden esas deudas? — A trescientos luises...» Y creéis que una mujer que conoce mis caricias y mis riñones, que está segura del secreto, que no me considera un cernícalo, que le gusta sobre todo la variedad, ¿no me los enviará al día siguiente?...

Desde aquí os veo hacer el papel de moralista: «Pero eso es algo odioso; el amor puro es generoso, sois un granuja...». Joder, estáis de broma; echaríais a perder el oficio; ella tiene treinta y seis años, yo veinticuatro; ella todavía está bien, pero yo estoy mejor; de su parte tiene el temperamento y el dinero, yo el vigor y el secreto... ¿No hay ahí compensación?

Además, ¿queréis que yo me absuelva? Le hago el honor de exhibirla. Ella abandona su devoción; yo la devuelvo a la sociedad, a ella misma; por fin cambia de estado... No, me equivoco, sólo cambia de vestido y de peinado.

Ahí tenéis a mi devota en sociedad, y eso gracias a mis esfuerzos. — Pero más valía dejarla en su oscuridad; vais a perderla, os la quitarán. — Tal vez tengo otros proyectos; su dinero se ha consumido, sus diamantes se han vendido, mi capricho ha pasado... Veréis sin embargo que, para hacerme rabiar, se le ocurrirá serme fiel; tendré que hacer el esfuerzo de cometer errores con ella. — Los tendréis muy pronto. — No, porque ésta es

⁴ Con la cursiva en determinadas palabras o frases, Mirabeau subraya un préstamo (versos de Corneille, de Racine, etc.), o trata de introducir una derivación o un guiño obscenos; por ejemplo, las que empiezan, como en este caso, por *con* (*coño* en francés).

mi conclusión: «Señora, no voy a recordar vuestras bondades, que estimo mucho, y mi corazón está encantado de tener con vos obligaciones que ninguna otra me hubiera hecho contraer; pero compadecedme, porque mi gratitud me costará la vida; es el cuidado de vuestra honra lo que va a destruir mi felicidad. Debo dejar de haceros unas visitas que os comprometerían: ¡ay!, de sobra sé que al pronunciar esta funesta separación, dicto mi sentencia de muerte». ¡Potestades del Cielo, cuánto os invocan! A fuerza de carantoñas, consigo enternecerme; mi dulcinea derrama alternativamente las lágrimas del dolor y las del placer: mi huida va acompañada de puntos de parada en todos los sofás de los aposentos, y consigo escapar en su último éxtasis.

—Pardiez, vaya unos modales. — ¡Pobre necio!, no te das cuenta de que esa mujer garantiza mi reputación por toda la eternidad; ya no tengo necesidad de presumir, basta con que le deje a ella ese cuidado, y soy el fénix de los pájaros de esos bosques. Además, no he perdido la cabeza, es amiga íntima de la presidenta de ***, y hace mucho tiempo que le tengo echado el ojo a esa rica viuda; no dejará de ser la confidente de mi abandonada, y no me creáis tan novicio como para no haber persuadido a ésta de que sería un medio de seguir viéndonos; y a la otra de que sólo por sus bellos ojos abandono a la señora Fulana.

Todo sale a pedir de boca... pero tengo que enemistarlas... vamos, discordia, vuela a mi llamada... Se enfadan, se enfrían, las dos inseparables no vuelven a verse; la presidenta exige que secunde su resentimiento: yo me hago valer, me vuelvo a mi vez exigente. ¡Qué poder no tiene el deseo de venganza! Se entrega a mí para jugarle una mala pasada a su buena amiga!

La presidenta tiene treinta y cinco años, aunque sólo aparenta veintiocho; está bien conservada, pero sí afectación. Sería una petimetra, si la jerga no la aburriese. Muestra ingenio con las mujeres, gentileza con los hombres, mucho recato en público, un tono de mujer de calidad, y una presencia imponente.

En la intimidad, apenas si he conocido temperamento más vivo, más equilibrado y al mismo tiempo más variado. Sus caricias son seductoras, porque son espontáneas, y veinte veces he sentido la tentación de amarla. Por lo demás, no deja de tener defectos: siente una profunda veneración por sí misma; sus decisiones

son oráculos, sus preceptos, leyes; no he visto nada tan despótico. Cierto que une a eso habilidad, y que a menudo creéis hacer vuestra voluntad cuando no hacéis otra cosa que seguir la suya.

La sociedad que la rodea no tarda en adivinarlo todo y en halagarme, soy el santo del día; ella tiene confianza en mí: nada está bien si yo no se lo he aconsejado. Así pasamos seis mortales semanas. Se me olvidaba que quiere ser la confidente de mis negocios. Un día llego a su casa... Mi mirada está agitada. «Pero ¿qué te pasa, amigo mío? Estás muy sombrío. — ¡Cómo!, le digo (esforzándome por sonreír), ¿podría yo traer mi mal humor a vuestra casa?» Me acosan a preguntas, yo me empeño en callar, tengo distracciones que la gente que ha venido a la cena no podría destruir: me proponen una partida, la rechazo, y a media noche me escapo.

Eso es muy simple, diréis; ¿quién no haría lo mismo?... Os apuesto lo que queráis. Escuchad un momento.

¿Es que no ha tenido mi lacayo, que es un Crispín⁵ de los más espabilados, la inteligencia de tirarse a la doncella para evitar el aburrimiento? Pero ese día está casi tan triste como yo, su bella le acosa tanto como la mía a mí; y como es de natural confiado, confiesa que la noche anterior yo he cenado en casa de la duquesa de Tal, que me han hecho tallar un faraón⁶. Que el juego era diabólico, que he perdido una enorme cantidad de dinero, y que, como no soy demasiado rico, me siento extrañamente incómodo; pero lo que me atormenta es haberme visto obligado a dejar en prenda el diamante que me ha regalado la presidenta. ¡Ay!, esa preciosa sortija no ha sido suficiente, junto con el resto de mis joyas, para liberar mi palabra, y estoy sin un céntimo.

⁵ Personaje de la comedia italiana, que aparece por primera vez en Francia en *L'Écolier de Salamanque* (1654), obra Paul Scarron (1610-1660) en la que el francés refundía *Obligados y ofendidos*, pieza del español Francisco de Rojas Zorrilla (1607-1648). Vestido de negro, con botas altas, gola y estoque, Crispín podía encarnar tanto a un amo bribón como a un criado taimado y codicioso.

⁶ Juego de naipes parecido al bacarrá, muy de moda en la segunda mitad del siglo XVIII, así llamado porque en las antiguas barajas se representaba la figura de un faraón. El juego lo dirige un banquero que lleva la banca y gana lo que los jugadores pierden.